

mitiva de los principes, estaban en inteligencia con él, lo hacian pasar muchas veces por hombre dotado del don de segunda vista; porque habia profetizado acontecimientos que despues se realizaron. Asi es cómo conocia los secretos del Arzobispo de Maguncia, revelados por el secretario del Prelado, Wolfgang Capiton, quien no tardó en abrazar la Reforma; y los proyectos del elector Federico, descubiertos por el confidente del principe, Jorge Spalatino. Cuando en el mes de noviembre de 1552 se abrió la Dieta de Nuremberg, ya sabia Lutero las disposiciones de los principes que la habian de componer. La mayoría, sin dejarse arrastrar por las nuevas doctrinas, tenia la inmensa popularidad que gozó el cenobita en Alemania, y mas que todo su palabra, que quemaba como el fuego á toda ropa que se acercara, y sobre todo á la púrpura y al armiño. Estaba cierto de que no habria una voz que gritase: «Maldicion al evangelismo!» Y que si salia por ventura del banco de los principes católicos, en el acto seria sofocada por otras mas numerosas, que el miedo haria ser elocuentes. En este congreso de Nuremberg estaban representadas todas las opiniones de la época contemporánea: allí habia católicos, anabaptistas, sacramentarios, zwinglistas, melanchthonianos, que se llamaban hierarquistas, carlostadianos, y, por fin, ateos. La opinion política presentaba el mismo lastimoso cuadro y la misma confusion. En ausencia del Emperador todos se agitaron, todos hicieron un ruido formidable, todos quisieron salvar á la Alemania. La Dieta ofreció el triste espectáculo de una asamblea, donde los principes seculares se convirtieron en teólogos. Si el Nuncio del Papa, Adriano Cheregat, hubiese tenido la elocuencia de Aleandro, el embajador de Leon X, é él hubiese sin duda oscurecido completamente esta pálida individualidad; mas no hubo uno que hiciese resistencia. Sin embargo de que entonces era el momento mas á propósito para reprimir la revolucion, y en vez de aquella pa-

labra de Aleandro, viva, impetuosa, brillando en imágenes que seducian antes de convencer, al presente no habia mas que una frase temblorosa, incierta, blanda y llena de timidez. Cheregat parecia mas bien un sentenciado sobre su banquillo que un juez sentado en su tribunal: la Dieta se vió dominada de asombro; creyó encontrar otro tono. Como queda dicho, el corazon de estos hombres se ensanchó en presencia de un Nuncio que rebajaba la púrpura hasta la súplica; porque es muy cierto que su arenga, mas bien que de un católico, parecia de un luterano. Reconoció humildemente «que la Cátedra de San Pedro era la primera que se habia manchado; que la Iglesia tenia necesidad de reforma; que si Dios la habia castigado cruelmente, era á consecuencia de los delitos de sus Prelados y sacerdotes; que hacia algun tiempo que el abuso de las cosas santas, la insolencia del poder y el escándalo, venian, en parte, de Roma; que el voto ardiente de Roma era reparar lo pasado, haciendo que la Reforma bajase de la cabeza á los pies; que la cátedra pontifical, origen principal del daño, debia ser curada en lo sucesivo, y que una vez restablecida la herida, la Iglesia sanaria bien pronto.» El Nuncio añadió que se guardaria muy bien de toda exageración y de aplicar remedios fuertes, que, muy al contrario de aliviar, no harian otra cosa que aumentar la enfermedad; que emplearia linamientos que la curasen, y que, con la ayuda de Dios, el Papá, que no habia recibido el gobierno de las almas sino por obedecer á una voluntad superior, vendria gustoso en devolver la paz á la Iglesia. Despues, volviéndose á los miembros de la Dieta, les dijo: «Yo estoy pronto á escuchar vuestras súplicas; si teneis alguna queja, decidla, que el Papá está dispuesto á acogerla en el seno de su bondad paternal. No olvidéis que los Estados tuvieron en cuenta el concurso de sus deseos; que hay un edicto de Worms, que en ausencia del Emperador estais obligados á mantener; que de vosotros depende la adopcion de las me-

didadas mas oportunas, al efecto de conseguir que el Padre comun de los fieles no sea contristado en lo sucesivo por el triunfo de la herejía; que ha hablado la Iglesia, y que vosotros, hijos dóciles, debeis obedecerla, y velar por la ejecución de sus decretos.”

Cualquiera ve todo lo que este lenguaje tiene de flojo, de embarazoso é imprudente: el lenguaje de una corte acostumbrada á hablar siempre alto. Ciertamente no daba una idea muy ventajosa, ni del soberano en cuyo nombre se usaba, ni del orador que tenia por órgano de sus derechos. Jamás los miembros de la Dieta podian creerse á la altura que los elevara el Nuncio de Su Santidad. Lutero no estuvo enteramente seguro de las disposiciones de ellos, porque temia á los príncipes católicos. Para desprestigiarlos á los ojos de la nacion alemana, los habia hecho parecer como instrumentos de venganza lanzados de la mano de Dios. La arenga del Nuncio hizo pequeños despotas, *manos de hierro*, á hombres que, entregados á sus instintos, hubiesen querido encontrar una resistencia enérgica. Mas allá de los montes infundió la desconfianza y el desaliento en el corazón de los Prelados italianos; algunos decian que el lenguaje de Cheregat era propio de un hijo del siglo, y un contrasentido en la boca de un Nuncio. Alemania no pudo persuadirse de que la corte romana se humillase voluntariamente, y Lutero en Wittenberg no dejó de formar un paralelo entre las palabras de Cheregat en la Dieta de Nuremberg, y las de Cayetano en Worms, y de hacer ver á los reformados los progresos que iba haciendo su causa, pues que un Nuncio se vió obligado á confesar á la faz del mundo “que todos los desórdenes ocurridos allí hasta entonces traian su origen de la corte romana.”

La Asamblea de Nuremberg no meditó mucho su respuesta. Conviene mucho comentar la arenga oficial. En ella se declaraba que si no se habia ejecutado el edicto imperial contra los partidarios de Lutero, la culpa estaba en Roma,

de quien la Alemania tenia tanto que quejarse, que en virtud de sus medidas de rigor, que no habian servido mas que para ensanchar su camino á las nuevas doctrinas, el pueblo se habia rebelado contra el poder, bajo el pretexto de que querian apagar la luz del Evangelio. Felicitaba al Papa, que habia reconocido noblemente la necesidad de una reforma en el clero, y tenia la esperanza de que en lo sucesivo las anatas no se destinarian á otro que á su primitivo objeto: la guerra contra turcos é infieles.

A los ojos de la Dieta no habia mas que un medio de dar la paz á la Alemania; este era convocar un sínodo nacional, donde pudiera escucharse toda voz disidente. Despues de esto, los Estados prometieron trabajar en la reconciliación comun, y para obtener del elector que hiciese callar á Lutero; que los predicadores no predicasen mas que la palabra divina, apoyada en la doctrina y tradicion de la Iglesia; que se dejase á los Ordinarios castigar con penas canónicas á los sacerdotes que se hubiesen casado y á los frailes que habian abandonado sus conventos, y que se les privaria de sus beneficios y privilegios, sin que la autoridad civil pudiese poner obstáculos.

Algunas voces quisieron hacerse oír, demandando medidas enérgicas contra la propaganda luterana y el desbordamiento de la prensa, que inundaba las ciudades y los campos de escritos anticatólicos; pero la mayoría les impuso silencio, y se ocupó de formular su edicto, publicado el 6 de marzo en nombre del Emperador, entonces ausente. Lutero observó con impaciencia las deliberaciones de la Dieta, y el edicto fue para él un triunfo mayor que el rescripto de la misma asamblea. Tuvo un especial cuidado en celebrar su victoria sobre el papado, en un escrito lleno de artificios, donde la alabanza de los estamentos estaba sagazmente envuelta con advertencias que, segun decia, no salian de él, sino del mismo Dios, cuyo mandato cumplia; “que él no era entre las manos mas que una ca-

ña frágil, muy semejante á aquellos que están en la cumbre del poder y de los honores y dignidades, y á quienes el Señor destruiría de un soplo si alguna vez rehusaran escuchar su palabra.» Daba tambien las gracias en nombre de los sacerdotes y cenobitas á quienes se queria castigar porque cumplieran el deber que Dios habia impuesto á Adán y toda su posteridad, y decia: «¡Triste ceguedad, implacable dureza del Pontífice! ¡Prescripción que alegra al mismo diablo!»

La Dieta se ocupó de esponer sus quejas, y como eran ciento, *Centum gravamina* (llamó así á su relación), pidió la reparación de todas. La relación de ellas era una reunión de amenazas más bien que de súplicas, hechas con dureza, y en las cuales generalmente el Papa no podia hacer justicia sin dejar lastimada su autoridad, la disciplina eclesiástica y las más santas tradiciones. Cheregat se conmovió al fijar sus ojos en este cúmulo de quejas que se remitía al secretario de los Estados: sufrió la pena de su timidez. La Dieta se opuso formalmente á revisar su trabajo, y muy pronto, con auxilio de la prensa, le reprodujo y esparció por toda la Alemania: Cheregat debía resignarse. Despues que se puso en camino de Roma, J. Lufft, impresor de Wittemberg, publicó la esposición de *Centum gravamina* en alemán y en latín, para uso de los sabios y del pueblo, con ciertos escolios y glosas semi-serias y semi-jocosas, pero todas insultantes al catolicismo, y llenas del espíritu de Lutero. Este espíritu es el que ha inspirado aquellas líneas mordaces que escitaron el odio, y el que ha formado todo este lodo. Esta era la inquietud que hizo enfermar y morir á Ulrich de Hütten. No se equivocaba él; él mismo habia indicado el procedimiento de adivinación, bien simple por cierto. «Cuando sobre una bella página blanca veais pequeños puntos negros, decid: «Una mosca ha pasado por aquí;» y cuando veamos una bella cara de viejo, por ejemplo, de Adriano ó del Cardenal-Arzbispo

de Maguncia, sonrosada de algun bofetón que le haya dado algun clérigo, diremos: «Esta mano es la del mismo Lutero,» y no nos equivocaremos.»

Al desgraciado Adriano, Pontífice más que otro puro, cristiano de la primitiva Iglesia, buen Pastor, que hubiese dado la vida por sus ovejas; apóstol que no conocia el mal, y respecto de quien «el mundo no era bastante digno,» segun la bella espresion de un historiador protestante, se le destrozó el corazón á la llegada de Cheregat, y el dolor le mató.

Todos los pobres de Roma siguieron la comitiva fúnebre, llorando y exclamando: «¡Ha muerto nuestro Padre!» Y cuando pasaba su cadáver, el pueblo se arrodillaba, vertiendo lágrimas. Jamás hubo pompa fúnebre en que el dolor público pudiese tener semejante. Roma comprendia todo lo que habia perdido. Algunos fieles servidores acompañaron el cuerpo á la iglesia de San Pedro: eran los amigos de la infancia del doctor de Utrecht. A sus espensas se erigió un pequeño sepulcro, donde debian depositarse sus restos queridos. Sobre la piedra sepulcral se leia: «Aquí reposa Adriano, que conservó el poder como el mayor de los males.» Mas tarde un Cardenal alemán hizo elevar á sus espensas en otra iglesia un cenotafio más suntuoso, donde se veian las palabras, cuya repeticion tanto agradaba al Papa Adriano: «Al alma honrada nada importa tanto como el tiempo en que ha vivido.»

Algunos dias antes de morir habia Adriano canonizado al venerable Benno, Obispo de Misnio, santo sacerdote, cuya memoria aun se respeta en toda la Sajonia católica. Fue este otro San Martin, que, despues de vender todas sus joyas, partió su capa en dos pedazos, para darla á los pobres. Lutero, que proponia á la veneracion de los cristianos aquellos de sus discípulos que habian recibido la muerte durante la carrera de su apostolado, quiso impedir que se celebrase este nuevo Santo, escribiendo un libro en

que, tratando de derribar el nuevo idolo y el anciano demonio, ultrajaba á los vivos y á los muertos.

En este momento el alma de un monje que Lutero habia descarrado por un momento, volaba desde su celdilla al seno de Dios : era el alma de Staupitz, reconciliado con la Iglesia.

¡Gloria y paz á su memoria!

Y no solo el dogma, sino hasta las insignias del catolicismo, las candelas de la guerra, y los libros abdicados de la guerra. El que da en los caminos reñes como las cruces, las imágenes, las estatuas de los santos y las pinturas, y proscribiendo la solena eclesiástica y el hábito monacal. A la entrada de Campeggio en Nuremberg, que en su predicacion y el pueblo se rio y burló.

CAPITULO XXII.

NUREMBERG Y RATISBONA.—1523-1524.

El Legado Campeggio en la Dieta de Nuremberg.—Fisonomia de los Estados.—Decreto de la Dieta.—Protestacion de Lutero contra sus órdenes.—Los católicos se reúnen en Ratisbona.—Liga de príncipes reformados.—Lutero sostiene que debe contribuirse para la guerra contra el turco.—Inconstancia de sus palabras.

En 1524 los Estados se reunieron de nuevo en Nuremberg. Clemente VII sucede á Adriano VI. La guerra desolaba la Italia; donde dos príncipes se disputaban el imperio del mundo: Carlos V y Francisco I. El Papa habia hecho alianza con el Rey de Francia para defenderse de las armas del Emperador. Estas revueltas ocupaban el pensamiento y favorecian los progresos de la Reforma. Carlos fue mas feliz que su rival: habiéndole vencido, Clemente VII no tuvo mas recurso que arrojarle en brazos del vencedor. El Emperador le prometió terminar los disturbios religiosos de Alemania. El Papa eligió para que le representase en la Dieta al Cardenal Campeggio, hombre de cabeza y de carácter, hábil teólogo, orador ejercitado, admirador y amigo de Erasmo. Mas los espíritus se irritaban de mas en mas en Alemania. El luteranismo cada dia ganaba mas fuerzas, y como crecia en poder, así se aumentaba su atrevimiento.